

ANDREA LONGARELA

Cada atardecer

Somos secretos, 1



Andrea Longarela

Cada atardecer

Bilogía Somos secretos, 1





La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Andrea Longarela, 2022

© Editorial Planeta, S. A., 2023

Avinguda Diagonal, 662, 6.ª planta. 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Diseño de la cubierta: Booket / Área Editorial Grupo Planeta

Ilustración de la cubierta: Shutterstock

Primera edición en Colección Booket: enero de 2023

Depósito legal: B. 20.945-2022

ISBN: 978-84-08-26741-6

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: CPI Black Print

Printed in Spain - Impreso en España

Jon

Aterricé en la ciudad que me vio crecer con un nudo en la garganta. Ese maldito nudo que me acompañaba desde que decidí regresar a un pasado que ya creía olvidado. Un nudo que llevaba su nombre de forma inevitable.

El aeropuerto de Villanubla estaba prácticamente vacío, nada que ver con todos aquellos que había visitado en los años que llevaba trabajando fuera, saltando de una ciudad a otra sin mirar atrás y disfrutando de una vida que se me antojaba perfecta. Incluso me daba una imagen un tanto triste y decadente que asumo que no era muy justa y sí una percepción solo mía provocada por el amargor de los recuerdos.

Cuando pisé la calle, ese calor seco tan típico de la zona me recibió como una bofetada. Un agosto que parecía fuego y que traía consigo la nostalgia de muchos otros de mi juventud. Cogí un taxi y pronuncié una dirección que jamás creí que saldría de nuevo de mis labios.

—A la calle Panaderos, por favor.

Unas palabras que me llevaban directamente a ella, a lo que fuimos, al Jon del que un día hui. A ese piso en el que tanto soñamos y en el que también nos despedimos.

Mientras el coche avanzaba y nos acercábamos cada

vez más a la ciudad en la que crecí, pensé en lo que significaba lo que estaba haciendo, en cómo recibiría ella mi vuelta, en las mil posibilidades que se abrían ante mí.

Pensé en su rostro. Nunca había dejado de hacerlo. Cada día al abrir los ojos y cada noche al cerrarlos. En su pelo castaño claro mezclado entre mis dedos. En sus ojos verdes, mucho más grandes tras el cristal de sus gafas. En su sonrisa dulce. En sus labios pintados de rojo las noches en las que se sentía invencible. En el olor de su piel. En todo lo que me provocaba cuando estaba cerca. En lo que me quiso. En lo que la quise. En lo bonito que fue. En el daño que nos hice.

Observé las primeras casas de la ciudad pensando en aquellos adolescentes que se robaron un primer beso en un portal, que se enamoraron un verano de helados de fresa y cervezas frías a la orilla del río, que hicieron el amor por primera vez sin saber muy bien qué significaba aquello, que crecieron juntos creyendo que nada podría salir mal, y en los dos adultos fruto de esas experiencias que un día se despidieron con lágrimas en los ojos.

Pensé en Martina; en mi Martina. En la chica más bonita de todas las que había conocido. En la mujer a la que un día no escogí por miedo a perderme.

Martina

Supongo que jamás habría podido intuir lo que se me venía encima. No vi ningún indicio de que las cosas estuvieran a punto de cambiar. No sentí escalofrío alguno al abrir la ventana aquella mañana ni tampoco tuve un presentimiento extraño en el cuerpo que me avisara de lo que se avecinaba. Eso únicamente pasa en las películas y, para mí, solo era un viernes cualquiera. Uno más de un verano que estaba resultando tan tranquilo como los últimos; apacible, seguro.

Me levanté y le di los buenos días a Clarisa. Abrí la puerta de su casita y coloqué en su comedero un puñado de frutos secos. Después puse en marcha la cafetera y calenté un cruasán del día anterior en la tostadora. Hice las rutinas de cada mañana mientras disfrutaba del silencio que me rodeaba, el sonido de una soledad a la que me había acostumbrado y que me encantaba.

No entraba a trabajar en la floristería hasta las cinco, así que tenía casi todo el día libre y pensaba ocupar las horas en una de mis terapias de limpieza. No era una lúnica del orden, pero me gustaba mirar a mi alrededor y sentir que las cosas estaban en su sitio. Además, la casa de la abuela es una de esas viviendas antiguas que acumulan

polvo de forma inmediata y odiaba pensar que pudiera dar una imagen de dejadez o abandono. Me sentía en la obligación de mantenerla viva en su ausencia.

Cuando me dirigía al piso de arriba con la intención de cambiar las sábanas de mi dormitorio, el timbre de la puerta sonó. No esperaba a nadie, así que abrí con la incertidumbre dibujada en el rostro, aunque nunca imaginé que sería mucho más intensa al descubrir quién se encontraba al otro lado.

—¡Sorpresa!

Parpadeé descolocada ante la imagen de Sergio, mi hermanastro, con una de sus irónicas sonrisas y los brazos abiertos esperando un abrazo que ambos sabíamos que no llegaría.

—¿Se puede saber qué estás haciendo tú aquí?

—Vaya, ¡qué efusividad!, yo también me alegro de verte. Volvamos a empezar, ¿vale?

Cerró la puerta y llamó de nuevo con esa teatralidad que lo caracterizaba y que tanto me sacaba de quicio. Me armé de paciencia, abrí y volví a darme de morros con una sonrisa inmensa que no comprendía.

—¡Hola, Martina!

—¿Sergio?

Se encogió de hombros ante mi asombro mal disimulado.

—Supongo que tengo que conformarme con esto.

—Pero... ¿tú no estabas en... Nepal?

Ni siquiera sabía dónde se encontraba. Sergio era ocho años más joven que yo y albergaba todas esas características y aptitudes que yo había aprendido a odiar. Era aventurero, impulsivo, un tanto atolondrado, irresponsable y carismático. A sus veinticuatro años ya había visitado más países que otros en toda una vida, había hecho submarinismo en Filipinas, escalado el Fuji en Japón y se había perdido durante un mes en una tribu africana. ¿Que

cómo podía hacer todos aquellos viajes sin un sueldo a sus espaldas? Pues porque mi padre lo mantenía sin inmutarse con tal de tenerlo lejos de casa y que no diera problemas. Lo que no tenía sentido era que estuviese en Valladolid, cuando siempre había querido huir de aquí. Una ciudad mediana y tranquila que se le quedaba pequeña ante sus aspiraciones de hombre de mundo.

—En la India. Volví hace dos semanas. ¿No has leído mi correo electrónico?

—¿Me mandas correos?

—Dime que no me tienes en *spam*... Eso está muy feo, hermanita.

Me estremecí ante ese apelativo, pronunciado con un tono dulce que no casaba en absoluto con la relación que manteníamos, mientras él se colaba en casa con una mochila enorme a sus espaldas; de las correas colgaban recuerdos de sus viajes, como tarjetas de embarque o conchas de algún mar lejano. Conseguí reaccionar cuando ya estaba en la cocina y lo observaba todo con ojos curiosos mientras se servía una taza de café. Había estado en la casa de la abuela apenas un puñado de veces cuando ella aún vivía, y siempre siendo un niño caprichoso que no prestaba atención a nada que se alejara de su ombligo.

—No te vayas por las ramas, Sergio. Te lo repito, ¿qué haces aquí?

—Busco trabajo. —Tuve que ocultar la sonrisa de incredulidad que me provocaron sus palabras.

—Esa es una buena y sorprendente noticia viniendo de ti, pero ¿qué tiene que ver conmigo?

—Necesito una casa para vivir hasta entonces.

—¿Y?

Sus cejas oscuras rozaron el techo.

—¿En serio tengo que explicártelo? ¿Mi presencia y mi equipaje no te dicen nada? Pensé que de los dos tú eras la lista.

Dio un sorbo de café y después suspiró de placer sin dejar de mirarme con ojos de perro abandonado. No era posible. ¿Estaba pensando en...? No, me negaba en redondo. Sergio y yo éramos de esa clase de hermanos que lo son porque no queda más remedio; porque compartíamos padre biológico y la mitad de los genes, pero nada más. Nunca habíamos vivido juntos, ni compartido nada más allá de eventos familiares a los que yo me veía obligada a acudir y en los que él se encontraba para chincharme y demostrarme que mi padre los había elegido a su madre y a él por encima de la mía y de mí. Todo muy idílico y fraternal.

—¿Por qué no te quedas con tus padres?

—También es tu padre, aunque siga sin gustarte la idea, lo que significa que esta casa es igual de tuya que mía.

Era verdad, la casa pertenecía a mi abuela paterna, por lo que desde su muerte mi padre podía hacer con ella lo que le viniera en gana y asumo que Sergio tenía los mismos derechos de ocuparla que yo. Pese a ello, me estremecí y entré en pánico como una cría de doce años a la que le quitan la paga.

—Pero... ¡no puedes quedarte aquí, Sergio! Yo vivo sola. Tengo mis rutinas, mis manías. Y la abuela siempre quiso que yo me quedara con la casa. Suena egoísta, pero sabes que es cierto. ¡No puedes arrebatarme esto como si nada!

Frunció el ceño ofendido y luego se encogió de hombros, como si mi pataleta no le importase lo más mínimo.

—Gracias por recordarme que la abuela Antonia te quería más a ti que a mí, aunque eso no significa que no siga teniendo derecho a dormir bajo este techo. ¿Eso es una rata? —Se agachó para observar de cerca a Clarisa, que roía una avellana con sus ojos castaños muy abiertos.

—Es una ardilla.

—¿Vives con una ardilla? —Sacudió la cabeza y me

sentí tan perdida como el primer día que había ocupado la casa con mi equipaje auestas y con el corazón roto—. Martina, necesitas más compañía de la que pensaba.

Puse los ojos en blanco y me dirigí al teléfono fijo que colgaba de la pared. Era un modelo antiguo en color rojo que había comprado en una feria *vintage* y que me encantaba, pese a que nadie solía llamarme. La llegada de los móviles había acabado con algunas costumbres de lo más agradables.

—Llamaré a papá. Seguro que podemos arreglarlo de algún modo.

—No lo hagas.

—Sabes que te dará dinero para un alquiler por el centro o para marcharte otros seis meses a Pekín o donde sea que quieras dejar tu huella.

—Martina, no lo llares.

—Puede que él te consiga un trabajo rápido. Tiene contactos suficientes como para deshacerse en un segundo de todos sus hijos, si solo...

Sentí su mano sobre la mía, bloqueándome. Entonces me giré y descubrí una expresión en su rostro que nunca había visto en él. Parecía... preocupado, decaído y un tanto perdido. El mismo Sergio que se había desorientado en una aldea magrebí durante tres días y había disfrutado de ello me miraba con un miedo casi palpable. Un miedo que yo conocía demasiado bien.

—Por favor. No lo metas en esto. Me iré, si es lo que quieres, pero no le digas que he estado aquí.

—¿Qué ha pasado, Sergio?

Se rio, pero fue una de esas risas cargadas de tristeza que no esconden nada bueno. Aquella situación era totalmente nueva para ambos, pero sobre todo para un Sergio acostumbrado a reírse de la vida y a obtener todo lo que quería con solo un chasquido de dedos.

—Digamos que hemos tocado fondo en el tema de las

decepciones paternofiliales. Tengo que conseguir esto por mí mismo, un trabajo y salir adelante sin él. Demostrarle que está equivocado y que no soy una causa perdida.

Podía haberle contestado que ese era su problema. Tenía motivos suficientes para desentenderme, teniendo en cuenta nuestro pasado y lo sola que me había sentido siempre con respecto a esa parte de mi familia, a excepción de la abuela Antonia, pero de repente recordé las veces en las que había soportado la mirada de decepción de mi padre sobre mí y mis decisiones. Su escaso afecto, que compensaba con una economía solvente. Recordé que, en el fondo, Sergio no era el culpable de mi mala relación con mi padre y Natalia, su segunda mujer, ya que solo era un bebé formándose en un útero cuando todo explotó. E hice lo que jamás hubiera creído posible: me apiadé de Sergio y de su mirada de niño bueno, pese a que ambos sabíamos que no lo era.

—No pienso limpiar nada tuyo.

Sonrió como un chiquillo ante lo que eso significaba y se dejó caer aliviado sobre una de las sillas de la cocina, antes de terminarse el café de un trago.

—Mi mierda es mía. Entendido.

—Te prepararé el cuarto del fondo.

—¿No es un poco pequeño? Podrías dejarme la otra habitación. Necesito espacio para todas mis pertenencias de niño pijo y consentido.

Fruncí el ceño, pero sabía que había vuelto el Sergio bromista y tocapelotas de siempre y asumí que eso era mucho mejor que su versión triste, una con la que no estaba segura de saber lidiar.

Alcé la mano y le mostré tres dedos.

—Tengo tres normas básicas e innegociables: nada de citas en esta casa, no le des a Clarisa comida basura y no me gusta la música. Prohibida en zonas comunes.

Su cara fue un verdadero poema.

—¿Qué clase de bicho raro eres?

—Del tipo que te ofrece una cama y una ducha, así que no tientes a la suerte.

Miró la vieja radio que almacenaba polvo en una esquina de la cocina e hizo una mueca. Yo sonreí a medias antes de salir con la intención de empezar mi terapia de limpieza incluyéndolo a él en la ecuación.

—Martina. —Me giré a medio camino de la escalera que me llevaba al piso de arriba—. Gracias.

—De nada.

Antes de desaparecer en la planta superior, oí a Sergio presentarse a Clarisa tratándola de usted con toda la educación del mundo, como si fuese una tercera compañera de piso y no una ardilla coja. Suspiré profundamente y me pincé el labio hasta hacerme daño. Ni siquiera hacía un minuto que había decidido darle una oportunidad y ya me estaba arrepintiendo. Y, pese al giro que Sergio acababa de darle a mi vida, seguía sin tener ni idea de la que se avecinaba. Vaya si no la tenía...